

# EL CORREO DEL NORTE

Diario Regional Tradicionalista

FRANQUEO CONCERTADO

No se devuelven los originales

### SUSCRIPCIÓN

España: Trimestre, 4 pesetas.—Semestre, 8.—Año, 16.—Extranjero, 34.  
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS

### Redacción y Administración

TELEFONO, 274 **Oquendo, 9, bajo.** APARTADO, 54

### INSERCIÓN

En 1.ª plana, 1,25 pesetas línea.—En 2.ª, 3.ª y 4.ª, precios convencionales.  
Esquelas de defunción desde 10 pesetas en adelante.

## El ABC en la guerra

### EN EL FRENTE AUSTRO-ITALIANO

#### La batalla del Isonzo

Este monte que nosotros llamamos Podgora toma en su parte Norte el nombre de Monte Calvario. Ambos constituyen, ya lo hemos dicho, el espigón Norte de un rompeolas que detiene el avance italiano hacia Gorizia. El Espigón Sur del imaginario di que es un monte que se llama San Miguel. El espacio, abierto y llano, entre ambos forma el valle por donde el Isonzo, ahora rutilante a la luz del sol de la tarde, se va languideando, en dirección Sudeste, hacia el mar. Por esa abertura han de entrar, si entran, los italianos en la cresta de Gorizia. Han de latir y tomar primero, por consiguiente, los dos montes que dominan la entrada; por eso todos los días concen! tran sobre ambos el fuego de su terrible artillería, con una constancia e impetu explicables si se tiene en cuenta que el tiempo es precioso para ellos, y que cada día de retraso en avanzar favorece a sus adversarios, ya que éstos pueden terminar, aunque sólo sea provisionalmente, las operaciones en Galizia y traer aquí fuerzas abrumadoras.

Monte San Miguel, Monte Podgora... Sin cesar aparecen estos nombres, en los partes oficiales. Las posiciones de la Infantería están a doscientos, a ciento cincuenta, a trescientos pasos unas de otras. Por las impresiones que yo siento ahora imagino que estos millares de hombres deben vivir como en el fondo de una pesadilla, de una alucinación sin término...

Los oficiales nos van enseñando las trincheras. Imposible describirlas actualmente; sería tanto como hacer el espionaje en beneficio de Italia. Digamos sólo una cosa. El monte parece a primera vista solitario, despojado; pero no se puede dar un paso sin encontrar, en no sé qué recónditas zanjas y agujeros, centenares y centenares de soldados, que se alzan del suelo a nuestro paso y tienen el fusil limpio y presto.

Retrocedemos por la trinchera perpendicular, quince o veinte pasos. Nos hallamos de nuevo en la trinchera paralela al frente italiano. Hay, obligándonos a apartarnos, un montón de tierra recién movida, de la que salen pedazos de madera negra, humeantes por reciente combustión.

—Aquí—me dice el capitán—cayó ayer un proyectil enemigo. Hay sepultados un soldado y un suboficial.

Miro la tierra, que parece ardiente todavía. Creo que si escuchas un poco con la mano hallaría los cuerpos destrozados y sepultados por la bomba.

—Lo curioso es—continúa el oficial—que con los dos camaradas muertos estaba este segundo teniente—presentándonos a él—, que fue cubierto de polvo y pedazos de piedra y, sin embargo no sufrió ni un rasguño.

El teniente es un muchacho que debe tener veinte años, fino, imberbé, con la expresión bondadosa y un tanto absorta de los miosos.

—¿Y qué impresión sintió usted?—le pregunto a tiempo de estrecharle la mano.

—No acierto a explicarla—me replica sonriendo tras de los lentos—; lo que puedo asegurarle a usted es que no fue muy agradable.

Nos enseñan las bombas arrojadas. Vemos uno de los reflectores eléctricos, que se alumbrará más tarde, si hay ataque. Tenemos en nuestras manos los cohetes; se lanzan sobre el enemigo durante los combates nocturnos; pequeños artefactos, que se sostienen durante algún tiempo en el aire. Vamos ahora al centro estratégico de la posición, donde se halla instalado el teléfono, en una caseta de madera húmeda por completo en la montaña. Hay un soldado que tiene los receptores fijos sobre los oídos. Aquí vienen varias líneas de cada sector de trincheras. Los hilos telefónicos de la compañía, recubiertos de un tejido aislador, parten de aquí, y sobre la tierra misma van en todas direcciones. A las órdenes del jefe de la posición que está en la caseta, y que un momento sale para conversar y beber un vaso de vino y agua con nosotros, hay varios soldados telefonistas; cuando una línea se interrumpe, dos de estos soldados salen, reconocen el hilo en toda su extensión para ver si la explosión de algún proyectil enemigo lo ha cortado, y, en caso afirmativo lo recomponen instantáneamente.

Vienen aún dos o tres oficiales, se sientan con nosotros a la sombra de la caseta. Y el fragor de los proyectiles italianos, que no se ha interrumpido un instante, ya se va aproximando más y más. Los proyectiles no están en la lejanía a nuestra espalda, sobre Gorizia y S. Peter; caen en la falda del monte, lo van tanteando y explorando como una mano furiosa, rápida y brutal.

—Buena. Ya la han tomado con nosotros—dice uno de los oficiales.

A todo esto, la tarde, magnífica, va declinando. A medida que la luz del sol se atenúa y extingue la luz de las explosiones se intensifica: luz roja de los grandes proyectiles, luz rosada de los botes de metralla que explotan en el aire claro y hacen revolear y caer lentamente las hojas de los árboles.

—¿Si tomaríamos un bocadito?—propone alguien...

El teniente Hertschik abre una lata de «foie-gras». Cmemos una rebanada de pan, una sardina, bebemos un trago de este vino claro de Hungría; me las tropas siempre llevan consigo. Yo como automáticamente, porque las explosiones son cada vez más cercanas, y muchas veces ya las hojas vienen a caer sobre nosotros. Nadie olvida, sin embargo, las pequeñas ceremonias de resistirse a beber hasta que lo hayan hecho los demás.

—Absurda preocupación—pienso—, porque una de estas bombas va a caer aquí mismo, y vamos a ver entonces si hay tiempo de cederme la vez unos a otros.

—Ya estamos en el combate—me dice uno de mis camaradas—; ¿cuál es su impresión dominante?

—La de fatiga—le replico. Estoy cansado, en efecto, de la ascensión, bajo el sol ardoroso, del saltar montículos y zanjas, quizá de la ten-

sión de nervios. Comprendo cómo muchas veces será preferible para las tropas resistir en un punto que levantarse para la huida, y cómo ni la inminencia misma de la muerte sea bastante para removerlos del sitio en que se hallen.

Han comenzado a castañear las ametralladoras.

—Italianas—me dicen. Las oigo tan cerca, que muchas veces miro a lo alto, esperando ver saltar a los enemigos, armada la bayoneta, dentro de la trinchera. Se concentra y precisa el fuego del cañón. Por primera vez un proyectil estalla cerca de nosotros; levanta una violenta polvareda que cae y nos mancha la ropa; maquinalmente me sacudo la tierra. Los otros hacen lo mismo, sin hablar. Poco después se repite la explosión cercana, y los guijarros y la tierra caen sobre nosotros. ¡Cuán ligeros los ruidos de los distintos proyectiles! Siseos, estampidos, alaridos que pasan sobre la montaña, zumbido de los que van a parar a lo lejos. Sólo la voz del mar tempestuoso tiende tantos y tan diversos matices simultáneos...

Al cabo de un rato de ver pasar y caer tantos sin que hagan una víctima, recobra una cierta lógica, instintiva confianza. Es enorme la cantidad de disparos que hay que hacer, por lo visto, para dar en el blanco, sobre todo cuando se trata de posiciones ocultas entre la maleza, protegidas por arboledas, y en las cuales los hombres están un tanto despetados.

—Otra explosión!... Esta vez sentimos hasta el latigazo del aire bruscamente rechazado, y la tierra cae sobre nosotros y en torno nuestro con el rumor de un chaparrón de lluvia... Estoy a la puerta de la caseta del teléfono. Suena constantemente la trompetilla, y el soldado dice en alta voz cosas como éstas:

—La tercera compañía, en fuego!

—Ataque italiano en la segunda compañía!

—¡Ha cesado el fuego en la tercera!

—Detenidos los italianos... rechazados; en la segunda...

Va oscureciendo; esta es la hora del ataque. A cada momento suenan descargas como si se hiciera en una tela sólida, un repentino desgarrón, tiros aislados, precursoras de las descargas, y luego el repiqueteo vertiginoso de las ametralladoras, que de pronto se interrumpe, sin que sepamos por qué...

—Si uno de estos proyectiles estalla sobre nosotros—me pongo a pensar—, seguramente moriremos... Pero, ¡bah!, sería el primer periodista que muriese en un campo de batalla... Es imposible... Sin embargo, esa tierra que acaba de caérme encima... veinte metros de distancia en la bomba, y...

Es singular cómo se habituó uno a la idea de que es posible y hasta probable morir. Y ahora, lejos de pensar en las cosas eternas—he prometido ser sincero—, son ideas mundanas las que me asaltan y preocupan. Por ejemplo, me atormento imaginando cómo se sabrá en el periódico que he muerto. El general De Gorz seguramente lo comunicará al Estado Mayor—pienso—y éste a la Embajada. Pero con la dificultad de comunicaciones que hay ahora, lo menos tardará un mes en llegar la noticia Madrid. Lo mejor sería que el doctor Hildebrand y herr Paul Lindenberg se salvaran. Ellos llevarían la noticia a Viena... Pero ¿y si un pedazo de proyectil se me lleva una pierna, como al muchacho que vi en el tren viniendo de Trieste...? Y me prometo no perder la serenidad y apretar con las dos manos la herida para que no se escape toda la sangre... Me he tendido boca arriba, a la sombra de la caseta. No queda en el cielo sino esa postrera claridad en la que empiezan a brotar y a temblar las estrellas. Y mi cansancio es tal, que me duermo profundamente.

Sueño sin sueño y sin pesadilla. Una hora. Abro los ojos; los oficiales y mis dos compañeros de excursión están conversando en voz baja. Ya es noche cerrada.

—¿Ha dormido usted bien?—diceme el doctor Hildebrand jovialmente.

—Como no lo había hecho nunca. Jamás imaginé que la tierra fuera tan amorosa y blanda. ¿Ha ocurrido algo de particular entre tanto?

—Nada. Continúa el fuego.

En el extremo de la trinchera se oyen voces que se comunican un aviso o una orden.

—¿Qué pasa?—interrogo.

—Hay tres heridos ahí.

Vienen los tres hombres con el fusil en la mano, apoyándose como en báculos; se detienen ante la caseta.

—¿Es importante eso?—les interroga el oficial fraternalmente.

—No, señor. Un balazo aquí—dice señalando al omoplato.

Yo alumbró la linterna eléctrica, proyectó la luz en sus rostros. Están un poco pálidos, pero serenos, tratando en vano de sonreír.

—Dejad los fusiles aquí. Ahí bajo está la ambulancia. ¡Eh! ¡Sanitarios! Atención; ¡ahí van tres heridos! ¿Queréis beber un poco de cognac vosotros?

—Sí, señor—replican los tres. Todos han sido heridos en el hombro o en el brazo. Me acerco a ellos, queriendo ver si están muy ensangrentados. No, no lo están. Es porque elificio de la bala es muy pequeño, y el hilo de sangre que se escapa de las heridas, todavía, siendo recientes, no ha empapado por completo las ropas interiores.

Se van, como tres sombras, arrastrándose, apoyándose con una mano en el sendero, monte abajo.

—¡Brava gente!—dice con emoción el oficial—. ¡Ni una palabra de queja, ni un gesto de dolor!

Y ahora recuerdo que, antes de irse, los tres, con el brazo sano, han hecho el saludo de ordenanza.

Se han encendido los reflectores italianos. Desde Rubbia, el haz verdoso recorre nuestro monte, baja al llano, ilumina Gorizia, hace de plata viva el agua del río. Y de repente, en torno nuestro, comienza un estruendo infernal. Toda la cresta del monte se aureola de luz livida; son los cohetes que arrojan contra los italianos asaltantes, cohetes que llenan el cielo de una claridad espectral; y las ametralladoras de ambos lados suenan sin aquietarse ahora, con el ruido cerrado y seco de

esas «tracas» que se queman en las fiestas de algunos pueblos de España.

—¡Fuego en la segunda!—dice el soldado telefonista.

—¡Y en la primera... y en la tercera!

—Ese es el ataque general!—exclama uno de los oficiales.

No puede uno permanecer quieto, sin aomarse, sin ver. Los cohetes brotan de las trincheras austríacas, saltan en el aire, se alumbran, y la cresta del monte es así como el cráter de un volcán, de luces verdosas, y el reflector austríaco vierte su chorro de luz sobre los italianos, que tratan de avanzar, en línea desperdigada y vacilante. Que se trata de un ataque a la posición prueba el hecho de que ha cesado el fuego de su artillería sobre el monte. Pero las trincheras están sólidamente mantenidas. De ellas baja una invisible ola de plomo. La línea gris retrocede, desaparece tras la maleza. Y un instante de calma. Y en seguida deben haber telefonado a su artillería; los proyectiles comienzan a caer por aquí de nuevo...

Pero esta vez el cañonazo decrece. Adivinase ya que, por esta noche, el ataque no se reanudará.

—¿Quiéren ustedes volver a Gorizia?—nos proponen—. Ya no hay nada que ver aquí. Y podremos estar allí en unas dos horas.

—Pero, ¿cómo? ¿Vamos a descender la montaña ahora, cruzando la zona donde prosigue el cañonazo, y sin luz, porque supongo que no podremos encenderlas?

—Si ustedes quieren...

Así se acuerda. Pero en el instante de la partida un gran proyectil estalla en el extremo de la trinchera.

—¡A ver! Hay dos muertos y un herido grave—avisan, luego de unos minutos—. ¡Sanitarios! Una camilla.

Traen la camilla poco después, ya con el herido. Lo alumbró con la linterna; siento que se me eriza el cabello. No es un hombre, sino un montón de harapos y de miembros sangrientos. Lo han desnudado precipitadamente, a la luz de una farola de petróleo. Es una cosa informe, palpitante, desgarrada, húmeda y roja. Pero de ella brota un lamento continuo, un lamento que es a la vez aullido y llanto...

Penso el descenso de la montaña, entre las sombras de la trágica noche. Un soldado que conoce todos los senderos va delante de la pequeña columna. A veces rueda en el hoyo reciente—la tierra está caliente y húmeda todavía—que ha hecho un proyectil. Aunque nos apoyamos en los báculos con la contera férrea y aguda, caigo en ocasiones, y he de agarrarme a las ramas de los árboles, que adivino y no veo; y unos segundos estoy a punto de rodar, hasta que brazos amigos me cogen y sostienen de nuevo. De tarde en tarde que sobre no otros la luz del reflector enemigo, lejano; es imposible que nos vean a esta distancia, puesto que caminamos entre los árboles; pero la repentina, verdosa y fría claridad nos produce un malestar irremediable, como si nos desnudase de repente, como si nos hubiese descubierta y hubiera de seguirnos hasta destruirnos de un cañonazo. Y en la noche el monte ha recobrado una inesperada vida, está lleno de soldados, que suben a relevar a los otros, de caballos cargados, de patrullas que nos dan el alto...

La una de la noche. Estamos en Gorizia. Volvemos a atravesar el Isonzo. Todavía sobre el puente de tablas nos sorprende el reflector. Tiro aquí o allí, un estampido de cañón, ruido de pasos de un destacamento que sale a no sé qué posiciones. Nuestro hotel de la Porta, por fin...

Y en el cuarto, donde no estamos más seguros que en la trinchera, pero donde todo recuerda la vida confortable, lejana, del tiempo que me hubo paz en el mundo, duermo el más repentino, profundo y sereno sueño de mi vida...

Juan PUJOL.

Gorizia, Julio 1915.

## DE SOCIEDAD

### VIAJES

De Madrid ha llegado la condesa de Chacón, acompañada de sus hijos.

—La marquesa viuda de Hoyos se encuentra veraneando en Comillas.

—Ha llegado a San Sebastián doña Isabel Bassecourt.

—También llegó de la corte don Miguel de la Cuesta.

—De Burgos ha llegado el conde de Serramagna.

—Llegaron esta mañana los duques de Alburquerque.

—Hoy marchan a la capital de Vizcaya los señores de Adame y su sobrino Serafín.

—Pasó para Fuenterrabía la señorita Augustia Manso.

—Con dirección al extranjero han pasado don Alejandro Avial y su hermana Sol.

—Después de breve estancia en Vitoria, regresó a su casa de Arechavaleta el teniente general don Ramón González Tablas.

—De Tolosa salieron para Vitoria don Antonio San Gil y su distinguida familia.

—Regresaron de las Arenas a Vitoria los marqueses de Ulargues.

—Ha llegado a San Sebastián el señor conde viudo de Albyz.

—Fueron a Pamplona los duques de Plasencia, con los condes de Zubiria y la condesa de Torre Arias.

—De Barcelona ha llegado el capitán de Artillería don Luis Morenos.

—Regresaron a Bilbao de su viaje de novios, don José María Maura y su distinguida señora.

—De París llegó la condesa de Mora.

—Ha llegado procedente de Burgos, el conde de la Fuenteilla.

—Con dirección al extranjero pasaron el marqués de Villa-Urriola y don Enrique Peñalver.

—Está en Sobrón la marquesa viuda de Casa-Laiglesia.

—Los señores de Gómez Barzanallana irán a Salies de Beari.

—De Estella han llegado el joven abogado

don Juan Ochoa y el acaudalado propietario don Paulino Ruiz.

### VARIAS

Tres candidatos hay para la vacante del Padre Coloma en la Academia de la Lengua: el ministro de Fomento, señor Ugarte; el ex ministro de Estado, marqués de Villaurrutia y el culto escritor marqués de Dos Fuentes.

—La distinguida señora condesa del Serrallo, esposa del ministro de la Guerra, general Echagüe, vendrá en breve a San Sebastián para pasar una temporada con sus sobrinos los señores de Muro.

—Ha sido ascendido a teniente coronel el comandante de carabineros don Andrés Auz y Rueda, a quien felicitamos muy afectuosamente.

### BANQUETE

El Aero Club ofrecerá el viernes próximo un banquete a don Felipe Azcona, por habérselo concedido la Gran Cruz de Beneficencia, cuyas insignias le serán entregadas al final del acto.

La condesa de Guendulain está muy mejorada de su indisposición.

—El alcalde de Pamplona, señor Gazteta, ha podido abandonar el lecho aliviado ya de su enfermedad.

Desearios el pronto restablecimiento de los pacientes.

## La Compañía Lara en el Gran Casino

Hoy lunes, a las nueve y media de la noche, debutará en el Gran Casino, la Compañía del teatro Lara de Madrid.

Constituyen la compañía: Actrices: Abadía Rafaela, Alba Leocadia, Alvera Virginia, Cantos Rosa, Giron Concepción, Illescas Eugenia, Las Heras Rafaela, Fardo Mercedes, R. Herrero Carmen, Sánchez Ariño Amalia y Socó Carmen.

Autores: Ariño Emilio, Balaguer José, Collado Manuel, Isbart José, Manrique Luis, Mihura Miguel, Mora Salvador, Peña Luis, Pérez Indart Antonio, Ramirez Rafael, y Valentin Emilio.

Apuntadores: Cabeza Antonio, Giron Manuel, Sanchez Vicente.

Maquinaria: Antonia Infante. Decorado de Amorós y Blancas.

Como se ve, la Compañía Lara ha sido brillantemente reforzada en algunas de sus partes. Respecto al repertorio, no puede ser más completo y brillante, como lo demuestran las obras que en él figuran y son las siguientes:

La autoridad competente; Los hijos artificiales; Madame Pepita; Primavera de Otoño; Amanecer; El asno de Buridan; El Ama; A. S.; Mi tía Ramona; El enemigo malo; Mi cara mitad; Por la nubes; Al natural; Canción de cuna; El ana de casa; Madrigal; La mujer del héroe; La Pasión; El nido; Puebla de las mujeres; La Consulesa; Doña Clarines; Bodas de plata; El abuelo; Las cacaotas; Zaragueta; Balas perdidas; El incierro porvenir; El redil Ea familia; De Cerca; Sangre gorda; Frankfort; El kilómetro; Fresa de Aranjuez; Los ceños de Mercedes; El pobrecillo Juan; La Familia de la Soledad; Consolar al triste; El pochineña; Madrid, modelo; Repaso de examen; El mejor de los mundos; Las mocetas del barrio; Ciencias exactas; Ante la vida; Abuela y nieta; El sexo débil; Aguas termales; La Justicia de Alhudebar y a la orilla del Ebro.

Debutará la Compañía de Lara con el estreno de la comedia en dos actos y en prosa de don Gregorio Martínez Sierra «La Pasión» y el sainete de Ramos Martín «El sexo débil».

Como podrán ver los lectores la Compañía de Lara viene al Gran Casino reforzada brillantemente con notables elementos que contribuirán a que la labor artística salga perfecta y acabada. En esto se ve que el Gran Casino no repara en sacrificios para presentar un cuadro de Compañía completo y es lógico suponer que la gente acuda al culto espectáculo pues al aliciente ser excelentes artistas los agrupados en la Compañía de Lara, el repertorio es variado, selecto y moderno.

## La infanta Isabel

(Por teléfono)

Burgos.—La infanta Isabel invitó hoy a comer a las autoridades y personalidades de la capital.

Después de comer y acompañada del alcalde pasó a pie por el Espolón, mientras daba un concierto una banda militar.

La infanta Isabel emprendió luego su viaje a la Granja.

## GRAN CASINO

Hoy lunes, 9 Agosto

A las nueve y tres cuartos noche Debut de la Compañía del Teatro de Lara

de MADRID

(Véanse programas detallados)

## Con Sánchez Guerra

(Por teléfono)

Madrid, 8-3 t. Santander.—Don Alfonso ha firmado los siguientes decretos:

Comenzó diciendo que ignoraba la fecha exacta en que ha de regresar Dato a Madrid. Añadió que Andrade había llegado a Barcelona habiéndose posesionado inmediatamente del mando de la provincia.

## Notas de la jornada

### La llegada de la Corte

Aunque nada oficialmente se ha anunciado, es casi seguro que don Alfonso llegará a San Sebastián el día 25 del actual, para comenzar su veraneo aquí.

Es muy probable que el viaje lo efectúe en el «Giralda», con parte de la servidumbre palatina, viniendo sus hijos en un tren especial con el resto de la servidumbre de palacio.

### El ministro de jornada

El señor marqués de Lema, al recibirnos ayer al mediodía, nos dijo que había cumplimentado a doña María Cristina y que carecía de noticias que comunicarnos.

No había conferenciado con el presidente del Consejo, pero tenía la impresión de que el señor Dato demoraría algo su salida de Santander para Madrid, que tenía anunciada para mañana.

### Varias noticias

El ministro de Instrucción pública, señor conde de Esteban Collantes, llegará a San Sebastián el día 17 del actual, en uno de los trenes de la mañana.

Es, muy probable que el ministro de la Guerra, general Echagüe, venga a San Sebastián en la segunda decena de este mes.

Después de breve estancia en Madrid, regresó a San Sebastián el director general de la Guardia civil, general Leque.

Ayer tarde llegó a San Sebastián, procedente de Biarritz, el señor duque de Mompensier.

De Madrid ha llegado para pasar aquí unos días, el director de primera enseñanza, don Eloy Bullón.

## Círculo Mercantil e Industrial

Aprovechando la oportunidad de ser domingo el día 15 de Agosto, fiesta de nuestra Patrona y deseando el Círculo proporcionar a sus señores socios y sus familias distracciones amenas, el sábado día 14 de diez de la noche a una de la madrugada tendrá lugar en los jardines del American Park cedidos gratuitamente por sus dueños, una gran fiesta verbená con todo lo característico que requiere en estas fiestas amenizándola la brillante música militar del Regimiento de Sicilia, o granillos, zinganos etc.

Para la mejor organización de la fiesta las tarjetas para los señores socios y familias se facilitarán en la Secretaría del Círculo con arreglo a la circular que se repartirá desde el lunes día 9 y a las horas de oficina.

Las tarjetas de los señores socios irán firmadas por el señor Presidente y las que solicite cada socio para su familia o invitados, indicarán el nombre de la persona portadora y la firma del socio que hace la invitación sin cuyo requisito no se permitirá la entrada en el jardín.

Una Comisión del Círculo, recibirá en los jardines recogiendo las tarjetas personales.

La asistencia de señoras y señoritas a esta fiesta será sin sombrero y se solicita que vistan el típico mantón de Manila lar que tengan gusto en llevarlo para dar mayor carácter a la verbená.

Agradecemos al señor Presidente del Círculo Mercantil la atención que ha tenido de invitarnos a esta fiesta.

### DE REGATAS

## Crucero a Zarauz

Conforme anunciamos, se celebró ayer la regata crucero a Zarauz, seis millas.

En el «Mac Mahón» salieron para aquel puerto el Jurado de regatas y algunos distinguidos yachman.

A las diez y cinco minutos se dió salida a los balanderos de la clase X «Baruco», «Ordago», «Monina II», «Paqueta», «Aizia» y «Kadero».

Diez minutos después salieron los Sonderklases «Dórigas», «Isabelitas», «Dru» y «By».

La salida de todas estas embarcaciones que por cierto, resultó muy bonita, fué presenciada por público muy numeroso reunido en las inmediaciones del Club Náutico y otros puntos próximos a la bahía de la Concha.

Los balanderos fueron convoyados por dos vapores, en los que salieron para Zarauz muchos socios del Náutico inscritos para el banquete que en aquella playa se celebrará después de la llegada de los balanderos.

Otros